

PLATICAS POPULARES.

OTROS EJERCICIOS SOBRE LA PRIMERA COMUNION.

PLATICA UNDÉCIMA.

(Sabado por la tarde).

Sobre los ardentísimos deseos con que debemos acercarnos á recibir
á Jesús sacramentado.

Hijos míos, estamos en la presencia de Jesús, recojámosnos pues con mucha piedad y adorémosle con mucho acatamiento. « ¡ O Jesús ! que-
quereis venir á tomar humilde morada en nuestros corazones, os salu-
damos como á Hijo del Eterno Padre ; como á niño amado de la bendi-
ta Virgen María ; os amamos como á Nuestro Salvador ; os rendimos
nuestros homenajes como á nuestro Dios y Señor : Vednos humilde-
mente postrados á vuestras divinas plantas, por Vos suspiramos, y qui-
sieramos abismarnos en vuestro piélago de inefables bondades. ¡ O Jesús
sacramentado ! pésanos de todo corazón de haberos ofendido, y que-
remos seros fieles de hoy en adelante, hasta la muerte. » Haga el cielo
que tales sean vuestros afectos, Hijos míos. Escuchad esta historia...

Hay en Polonia una Santa muy celebrada, que se llama Imelda.
Cúntase que esta santa se dió á Dios tan joven y con tanto afán, que
á la edad de 12 años podía decirse de ella, en toda verdad, lo que el
mismo Apóstol de sí predicaba. « Vivo yo, más no yo, sino Cristo
en mí ». Habiendo oído hablar varias veces, ora á la doctrina cristiana,
ora por las monjas que la educaban de la felicidad que en su corazón

sentían cuando hospedaban á Jesús, Imelda se consumía con ar-
dientes deseos de participar al celestial banquete ¡ Ah momento feliz !.. con
cuan anhelo te esperaba, cuan encendidos eran sus deseos, y cuan fra-
guosos sus ardores. Padre, decía ella á su confesor ¿ á cuando este día ?
Eres demasiado joven, le respondía aquel, esperemos un poco más. Ha-
blando despues á las monjas.. ¿ pero hasta cuando tendré que esperar ?..
Todavía un poquito más, le respondían aquellas, esforzados en amarle
bien todos los días, y pronto se os concederá tan alto beneficio. Y á cada
fiesta, aquella niña, pura al igual de un ángel, hacía las mismas
preguntas. Llegado el día de la Ascención, cuenta su piadoso historia-
dor, que poniéndose de rodillas cerca del altar sagrado y avivando su fé
con ardientes deseos, tal era la llama de su corazón, tal el excozo de su
amor, que sus ojos vertían abundantes arroyos de lagrimas. Más Jesús,
que nadie gana en generosidad y compasión, admiraba, desde su profundo
tabernáculo, aquel corazón sin mancha que con tanto ardor deseaba abi-
marse en él ; y ¡ Oh prodigio !.. todos ven que la copa sagrada se abre
sola, una hostia se escapa, vuela por las aires, y dejándola tras sí orbita
luminosa, se va á parar sobre la cabeza de la feliz, mil veces feliz descon-
solada... El sacerdote, pasmado con tal milagroso portento, comprendió
que habia atardado en desmasía á admitirla á favor tan sublime. Más
quien dirá con qué fervor, con qué delirio, Imelda recibió á su Jesús
Con que pasión, con que cariño Jesús recibió á Imelda.. ¡ O santo abra-
zo !.. ¡ dulce quejido ! que resono en la tierra y se consumió en el cielo.
Imelda murió al instante, hijos míos, el santo esposorio se consumió en
el cielo, y hoy en día canta las divinas alabanzas del cordero sin man-
cha en la eterna gloria.

Parte Unica — Con este rasgo podeis comprender en que disposi-
ciones debemos venir á visitar á Jesús sacramentado... Con aquella princi-
palmente de úniros á él.. ¿ Sabeis cual es entre todos el mayor suplício
de los condenados. ? Aquel que llaman los theólogos pena de daño, y que
consiste en la privacion de la vista de Dios. Los otros no son nada en
comparacion de este, y lo vais á comprender. — Si os dieran á escoger
entre tener un mal cualquiera en el brazo ó ser ciegos toda la vida,
todos me parece hariais la misma respuesta. Hijos míos, las llamas eter-
nas, los sepulcros de brasa en que se revolcan los condenados, no son

nada en comparacion de aquella ceguedad eterna que les privará para siempre de ver Dios cara á cara, y de gozar de su felicidad eterna... Ya pues, sí el mayor tormento de condenados es la privacion de la vista de Dios, el gozo mayor de los justos debe ser verle y contemplarle, y vivir estrechamente unidos á El durante toda la eternidad. Aquel debe ser el mayor gozo de los justos. Más quien no se pasma ya de admiracion, al ver que quiso Jesús, en su misericordia y amor que gozase ya la criatura en tierra de tal beneficio. Porque que es la Eucaristía sino la union del alma con Dios y su vision cuasi cara á cara. ¡Ah comprended esta dicha! reconoced su fineza, proponeros firmemente de corresponderle, visitándole amenudo en sus templos, y uniéndoos á él por medio de tan alto sacramento. Postrados pues á los pies de este altar sagrado, en presencia de Jesús que nos ve y nos escucha, y que se dará mañana en celestial manjar á vuestras almas, hagamos juntos ardorosos actos de deseo. Digamos con pausa fijando nuestro espíritu sobre cada palabra « Cordero de Dios, bien mio y esperanza única, me convidais á ir á Vos; oh cuan grande es mi dicha, de poderos recibir en mi alma, que se consume en ardientes deseos, al pensar que vais á tomar pronto morada en mí! Por vos suspiro, por vos me muero, venid blanco de mi amor, refrigerio de almas puras, venid y no tardeis más » Bien está, hijos míos, Jesús ha oido vuestro dulce llanto, y visto vuestros piadosos deseos; mañana, si, mañana, vendrá á vosotros...

CONCLUSION. — No creáis sin embargo, Hijos míos, que opere en vosotros prodigio semejante á aquel engrandecido con que honrró á la santa de quien os he hablado, más esperad con confianza que si son vivos vuestros deseos de recibirle, si santos vuestros sentimientos de piedad y amor, el hará llover tambien sobre vosotros el celestial rocío, y colmará vuestras almas con sus sagrados dones. Otra historia. De tiempos de santa Teresa había, en una villa llamada Avila, una piadosa paysana que se preparaba con mucha piedad á su primera comunión. Movido el obispo por lo que decian de su devocion, le permitió de fijar su morada en una tribuna cerca de la Iglesia. Allí vivía encerrada, para vivir más intimamente con el adorable sacramento. Jesús era para ella su vecino y cuantos la visitaban quedaban pasmados de las luces y gracias con que le favorecía. Estad segu-

ros que el divino Señor colmará á vuestras almas con tales dones en este dia, sí os acercáis al divino banquete con fé viva y ardientes deseos de recibirle. ¡O Jesús sacramentado! no desatendais nuestras súplicas, más bien escuchadlas con mucho fervor y concedednos la gracia de hacer una buena primera comunión. Amen.

PLATICAS POPULARES

OTROS EJERCICIOS SOBRE LA PRIMERA COMUNION.

PLATICA DUODÉCIMA.

(Sabado por la tarde.)

Pongámonos bajo la proteccion de la madre de Dios ahora y á la hora d
nuestra muerte.

TEXTO. *Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus
nunc et in hora mortis nostræ.*

Sancta María, Madre de Dios, ruega por nosotros.

EXORDIO. María, os he dicho varias veces, hijos míos, es para nosotros la más tierna de todas las Madres — la mejor de nuestras amigas, y la más poderosa de protectoras. Pongámonos, en toda confianza, bajo su tutela, y muy particularmente en aquel día en que por vez primera recibirán nuestros corazones á Jesus sacramentado. Más que digo en aquel día... ¡O dulce Madre de Jesús! ¡o Reina del Paraiso! en aquel día y todos los de nuestra vida. En todos los instantes que tendremos que pasar en esta tierra, vivamos siempre bajo su protección toda poderosa. Virgen bendita, alcanzadnos que podamos amarnos con aquella fragua que os amaban los santos... Mas, hijos míos, queréis que sea grato vuestro culto á María; haced que esten siempre bien limpias vuestras almas; llorad amargamente vuestros pecados. Digámosle pues, todos juntos, con mucha piedad « Perdónanos, Virgen santa, de haber

ofensado con tanta maldad á vuestro divino Hijo, nuestras culpas fueron causa de tus dolores y lagrimas, perdon, perdon, santa María, madre de Dios, ruega por nosotros. »

PROPOSICION Y DIVISION. — Sí ahora os pedía de donde he sacado tales palabras, todos sabríais decirme, no es verdad, que son aquellas con que, juntándose la Iglesia al Angel, saluda á María. Es bueno y útil para la salvacion de nuestras almas, que dichas las palabras con que la honra el paránímfo, añadidas despues aquellas con que la congratula santa Elisabet, junte tambien sus invocaciones la Iglesia. ¡Ah hijos míos! cuan bellas, cuan lindas son las palabras con que esta la invoca. Miremos de comprenderlas. Repitamos juntos, con pausa y con mucha atencion, las que quiero explicaros esta tarde « Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, ahora y en la hora de nuestra muerte. » —

Parte Primera. — Comprendeis, Hijos, el sentido de esta palabra *ahora*. — En sí, significa la necesidad que todos tenemos de su auxilio y valimiento; pero me parece que bien estudiadas encierran algo más, sobre todo cuando salen de vuestra boca, ya porque son mayores vuestras necesidades en este día; ya porque en este día tiene cumplimiento el acto principal de vuestra vida. Cúentase, en la historia Ecclesiastica, de una santa doncella, Virgen y martir, llamada Justina, que encontrándose en un inmenso peligro se exclamó, « Oh madre mia, rogad por mí ahora, en este instante... »

Hijos míos, cuando vuelvo yo mis miradas hacia vosotros, me viene inmediatamente á la mente esta palabra, *ahora*... ¿Que queréis? ¿Que deseais? ¿Que favor se os espera mañana? ¿Que gracias necesitais para merecerle?. ¡Ah! pedídsela en lo intimo de vuestros corazones, con las palabras de la Iglesia. Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros — *ahora* — que se preparan nuestras lamas á recibir á Jesus sacramentado, en este solemne dia, en este asombroso instante del cual pende tal vez nuestra vida ó nuestra eterna muerte...

Hijos míos, á todos los momentos necesitamos su auxilio. Cuantas veces vamos ¡O dulce madre! hasta ignorar los peligros que nos amenazan, más vos sabeis ahuyentarles.

¡O cuan tierno es aquel espectáculo que varias veces se pasa en una villa de Francia! ¿Veis á lo lejos entre elevados peñones? ¿Qué es

aquello? una capilla, un santuario dedicado á María santísima bajo el título de Virgen de la Guarda... Es caso de ver sus interiores; miles pequeñitos navíos cuelgan por todas partes. Aquí y allí, por doquier se leen inscripciones, ¿y que dicen? — Que fue María propicia á los afligidos en el peligro, cuando las levantadas olas menazaban de tragárlas.... Todos los días se ven allí marineros, que humildemente postrados rinden profundas gracias á la Madre de Jesús. Y porque motivo, me vais á decir. Pocos días ha que aquellos pobres fuero embestidos por la tempestad; sus barcas iban á zozobrar, mas, en lo más fuerte del peligro, se exclamaron: Santa María, madre de Dios, rogad por nosotros *ahora* que estamos en peligro, *ahora* que tanto necesitamos vuestro auxilio. Dulce madre de Jesús, ¿quién os invocó jamás sin ser socorrido? Despues de haber estrechado contra su corazón á sus esposas y á sus hijos, se dirigen piadosos hacia aquel santuario, para dar gracias á María que les salvó del naufragio. Hijos míos, también es vuestra vida ancho y alborotado mar; hay allí furias y tempestades: Los vicios, las pasiones, las malas compañías trahen jurado de tragar la inocencia y la virtud. La débil barca es nuestra alma que Satan y los ángeles malvados quieren sumergir y llevar á cabo. A cada hora, y á cada instante deberíamos repetir estas mismas palabras « Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros ahora ».

Parte Segunda. — Y quiero añadir aun alguna cosas sobre estas palabras, *ahora y á la hora de nuestra muerte.* ¿Porque san Filipe de Neri, San Juan de Dios, y otros muchos santos, vuestros devotos, repitían con tanta frecuencia estas súplicas? ¡Ah, hijos míos! porque si es serio el momento en que recibimos por vez primera, á Jesús sacramentado, mucho más lo parece, y lo es aquel en que rinde nuestra frágil maquina su último suspiro. El divino Jesús nos dice que pende de allí nuestra bienaventuraza o muerte eterna. El árbol cae á la derecha, ya somos felices para toda la eternidad, más si por desgracia nuestra se derriba á izquierda, ¡ay de los ayes! el mismo Cristo añade que ya no hay remedio para nosotros, ¡Ah! en aquel momento sobre todo necesitamos que la poderosa Madre nos asista y ayude. Y cuando esto se considera se ve con que sobrada razon llamaron á tan bondadosa Madre, la reina de los cielos y tierra...

Ved al piadoso Antonio de Pauda, toda su vida fue devoto de la Virgen María... Está sobre el momento de morir, ya le han dado los sacramentos de la penitencia y de la Eucaristía, sus narices afiladas y sus pies enfriados han recibido el sacramentode la de la extrema union, todo lo tiene ya aparejado, para comparecer ante el tribunal del Señor... Los religiosos juntos recitan los salmos de la penitencia y cuando está ya todo concluido, volviendo sus muertas miradas hacia la comunidad que seguia su agonía « Hermanos, les dice, no habeis concluido aun; ayudadme á rezar una pequeñita oracion en honor de la Virgen María » y puestos todos de rodillas, enprincipió el mismo con tardo tono: « Santa Maria, Madre de Dios, rogad por mí *en esta hora de mi muerte.* O Virgen María, madre de Dios, con que sumo grato acogisteis esta súplica y sin duda alguna, también aflojastes las tremendos traces de la agonía para este santo...

CONCLUSION — Antes de concluir esta plática, quiero repetiros aun Virgen Madre, las saludables palabras. « Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros *ahora, ahora* que necesitamos una fé viva, una contrición perfecta, una humildad sincera, *ahora* que quisieramos preñar á vuestro hijo con nuestras virtudes. Si, Madre admirable, rogad por nosotros *ahora*, alcanzadnos la gracia de hacer una buena comunión. rogad por nosotros, *ahora*, mañana y siempre, para que hagamos firmes propósitos y les seamos eternamente fieles. Santa María, Madre de Dios, rogad por nosotros, *ahora y á la hora de nuestra muerte.* Amen.

PLATICAS POPULARES

OTROS EJERCICIOS SOBRE LA PRIMERA COMUNION.

PLATICA DÉCIMATERCERA.

(Sabado por la tarde.)

Sobre la necesidad de la oracion, y el modo que debemos orar.

TEXTO. *Sine me nihil potestis facere.*

Sin mi auxilio, sin mi gracia, dice Jesúcristo, no podeis hacer nada.

Exordio— Hijos mios, no se porque, mas siento en mi alma ardiente deseo de hablaros todavía aun de la hermana Simplicia. Lo que os he contado ya, tubo acontecimiento en las cercanías de Burges... Inmediatamente dió orden paraque la condujeran á casa de las hermanas del buen Socoro.

Yo quiero morir allí, decía ella, en medio de todas mis compañeras. Es la rabia un mal horrible, sin embargo Simplicia lo llevaba con herocia paciencia y grande resignacion. ¡Oh buen Jesús! vuestra gracia le bastaba, y vuestro ejemplo la sostenía. En uno de los tránsitos más mortales, poco antes de expirar, juntando sus piadosas manos y levantando sus ojos al cielo se exclamaba: Haced, Señor, que aquellos, por quienes muero, sean siempre buenos cristianos, mi sacrificio es entero, no ma guardo nada de lo que me disteis. Yo daría de nuevo con gusto mi fuerza, mi vida, por aquellos niños. Pues, hijos mios, no os estrañeis de nobleza tanta, ni de tan generoso pe-

cho. Aquel criado tomaba su brio, en el mismo corazon de Cristo y ; Dios mio! obraba á vuestro mismo ejemplo. Los judios se echaron también cuales enrabiados perros sobre vuestro delicado cuerpo ; Os depedazaban con sus dientes y chupaban vuestra preciosisima sangre. Más ; ay cuan estremada fué vuestra bondad !.. Jesús no siente lo que pierde, lo dá todo sin recelo, y cuando llega su último suspiro, cuando avierte su flaqueza y que siente que se acerca por fin la muerte, inclinando su sagrado rostro y levantando su ojos al cielo, con voz desmayada se exclama « se acabó ». *Consumatum est.* Y quien podría llamar este amante alarido una queja. ¡Ah! no se queja, no, el crucificado. Padre parece decir al Eterno, yo no os nego nada de lo que me disteis, mil vidas tubiera, que con mucho amor y con igual voluntad las di- era para la salvacion del genero humano, y en particular de aquellas almas que quieren ser un dia mi tierna morada. Y es tanta verdad lo que os digo que el mismo lo manifestó varias veces á sus santos. Apareciendo un dia á santa Teresa le dijo. «Hija mia, mi cariño para contigo es tanto, que por tí sola hubiese bajado sin recelo del cielo y padecido todos los tormentos de la cruz.» Reflexionad ahora. Hijos mios, y oireis en lo más profundo de vuestros corazones, que á cada uno de vosotros dirige Jesús estas mismas palabras.

PROPOSICIÓN. — Si quereis corresponder á tanto amor, tomad esta noche el firme propósito, no para un dia, un mes, un año, más para toda vuestra vida, de ser siempre fieles á vuestras plegarias y acatamientos al Señor. Si así lo cumplís, no temais nada; os colmará de bendiciones, y os darà la gracia de participar dignamente al divino banquete y perseverar en las sendas de la vida eterna...

DIVISION. — Voy á explanaros esta tarde, *en primer lugar* la necesidad de la oracion, y *después* los medios que debemos emplear para hacer una buena oracion.

Parte primera. Dicen los santos padres, que es la oracion la élévacion del alma hacia su criador, para adorarle, pedirle su auxilio y darle repetidas gracias por los infinitos beneficios que nos ha dispensado... Cuan bueno es el Señor, y cuan honroso para nosotros el poder levan-

tanros por medio de la oracion hasta su encumbrado trono, y que se digne el Todopoderoso, abajarse hasta su infima criatura. La historia alaba la bondad de un emperador pagano que, al pasar por una villa, bajó de su montura para escuchar las quejas de una vieja... Mucho han discurido tambien los d'fescrestos sobre otro rasgo de San Luis, rey de Francia. Este gran monarca, después de haber oido la misa, se sentaba alpie de un cajigo, mientras que uno de sus oficiales clamaba: Vengan los pobres, los huerfanos, y desempardos sin miedo á pedir justicia á mi Señor, está dispuesto á escucharles. Tal espectáculo era muy digno de la piedad de aquel monarca. Más puede acaso compararse á la divina bondad del Señor, cuando nos permite que le rindamos nuestros acatamientos y dirigamos nuestras súplicas. Contemplad un instante, hijos míos, aquel poderoso Dios y Señor de todo lo criado, aquel Soberano eterno, dueño y hacedor de cuantos entes abarca la máquina del mundo, inclinar su corazon hacia nosotros y hacerse bien pequeño, semejante á un padre que se abaja y dirige su oreja hacia la voz su tierno hijo que le habla. Acored pequeños y ggrandes, venid justos y pecadores, dice Jesucristo en su santo Evángelio... todos estareis bien recibidos y alcanzareis cuanto pidereis á este divino Hijo. Y semejante á aquel Soberano, rey de Francia, sentado en este divino tabernáculo, os espera para dar oreja atenta á vuestras súplicas y socorer vuestras necesidades. En verdad os lo digo, nada más bello, nada de mayor consuelo. Necesitais santas disposiciones para hacer mañana una buena comunión, pedid con confianza... Dios os ve, os escucha, busca, sigue vuestro tierno alarido... Si por desgracia vuestra fuereis más tarde infieles ¡Oh amigos míos! tenedlo muy presente, lo sereis por causa vuestra, siendo Dios siempre inmutable y estando siempre atento á nuestras súplicas. ¡Ah! tened siempre, queridos niños, si tened eternamente presente, lo que vos voy á decir. La oracion es necesaria é indispensable, sin ella, imposible de alcanzara la gracia ni conservarla largo tiempo en nuestros corazones. Cuentase que se presentó cierto dia un pescador á la celda de un Abad. Aquel hombre llevaba en un caldero un hermoso pez. Llegado á su presencia, le cogió y le echó á sus pies. En cuanto el pobre animal se encontró en el suelo, se puso á torcerse, á dar saltos y por fin expiró. Pobre animalito, se exclamó un hermano, se ve que para vivir necesita el algua, que es ella su elemento... Y le vino á la mente así parecen

ante Dios nuestras almas cuando abandonan la oracion. Quiero haceros aun otra comparacion... Si cortais las alas á un pajarito, podrá tomar su vuelo hacia el cielo... Dificilmente me direis, pronto sería pasto de las aves de rapiña. ¡Ah! pues ahí teneis tambien imágen del alma que no ruega. Semejante á la pobre paloma á quien cortaron las alas, le es imposible el levantarse hacia el cielo y el diablo, aquel maldito gavilán la ahoga entre sus garas, y las arrastra al infierno. Sí, sí, hijos míos, la oracion nos es indispensable y nadie puede salvarse, llegar á su feliz termino sin que el cielo le tienda su benéfica mano. Porque, quien podrá alzarse hasta el divino trono si aquel que allí reside no le sostiene. Luego por medio de la oracion tan solo podremos alcanzar este divino auxilio.

Parte Segunda. Todos sabeis cuales condiciones requiere tan augusto ejercicio. Cristo mismo nos lo enseña, debemos orar con confianza, con suma devocion, y firme perseverancia. Y porque, me vais á decir, con confianza. No paseis el tiempo en averiguarlo: abrid más bien las Escrituras sagradas; registrad el santo Evángelio, y allí vereis que el mendigo leproso, cuyo cuerpo asqueroso era todo una llaga, viendo pasar á Jesús, le dirigió estas palabras « Señor, Señor, si vos quereis podeis curarme. Y que el divino Jesús, estendiendo sus benditas manos, tocó su cuerpo y pronunció estas palabras, « Así lo quiero, levántate » y quedo salvo y sanó su cuerpo en el mismo instante. Por consiguiente, Hijos míos, si en vuestros riesgos y peligros, si en vuestras tentaciones y desvanos, teneis idea de volveros hacia Jesús y decirle: « ¡O amantísimo Jesús de nuestros altares! ¡O Dios del divino banquete! apiados de mí, haced que os sea siempre fiel, podeis si quereis concederme esta gracia, estad seguros que, estendiendo sobre vosotros su poderosa mano, os sacará de todo apuro conservándoos así en su santa amistad. Ya pues que cosa es orar con devocion... Tened, hijos, muy presente que hablamos á Dios cuando rogamos, estad pues muy compuestos en su divina presencia, y evitad con recato cuando pudiere distraeros, de vuestro santo coloquio. Mirad aquel joven piadoto que está tarde y mañana, mañana y tarde rendido ante el omnipotente acatamiento del Eterno... ¿ Le Veis? qué recogimiento, qué mesura. Es aquel el angelico joven san Luis Gonzaga. Cuando su confesor le pide como hace su oracion. Padre, le responde, yo puedo deciros con

toda verdad que no estube jamás distraido durante una ave María. Más lay! ¿que se puede decir de nosotros? Cuantas veces pasamos el tiempo de la Misa á mirar las paredes, á ver los que salen y entran. Mañana mismo, cuantos los habrá tal vez entre vosotros, que lejos de anhelar aquel que van á recibir, pasarán el tiempo á mirar los vestidos del uno, las joyas del otro.. ¡Desgraciados! tendrán al divino esposo á la puerta de su corazones, y no sentirán nada en su pecho...

Muy serios son estos pensares, y veo con particular satisfaccion que se gravan profundamente en vuestras almas. ¡Bendito sea Dios! Pues voy á cantaros un chiste, pero un santo chiste de san Bernado, os hará reir un poco, hacedlo con mesura... Sucedió que, paseando á caballo por valles y montañas, encentró nuestro santo á un paisano y le dijo... buen hombre, ¿amás tú á Dios? Vaya, respondió aquel ¿y porque no? Lo quiero y de todo corazon... ¿Ruégasle con mucha devocion? ¿Si le ruego, y bien? y tanto que no me acuerdo haber tenido jamás una sola distraccion. Ola, replico el santo, Y comprendiendo que ni tan solo sabía aquel hombre que cosa era distraccion, le dijo. Pues si V. se atreve á decir un Padre nuestro sin distraerse un instante del pensamiento de Dios, yo le doy mi caballo. Qué suerte... Púsose aquel enseguida en plegarias, más apenas llegado á mitad, volvióse el grosero hacia el santo « Y va también por cuenta la rienda le dijo, ¿no es verdad? Ni el uno ni el otro repuso entonces el agudo Bernardo... Quedóse muy chascado el paysano pero comprendió que cosa era una distraccion. Rogemos también con perseverencia; y sobre este punto no pienso poder proponeros mejor ejemplo que el del mismo Jesús — Diríase que amándole tanto su eterno Padre, no debiera pedirle cosa que no le otorgara al instante. Pues transportemonos ahora en espíritu al jardin de los Olivos; en aquel huerto de llanto y de dolor. Vedle allí postrado, la cara pegada á la tierra, pidiendo hasta con lagrimas de sangre al cielo le diese robustez y fuerza, para sufrir con resignacion los pavorosos tormentos de su muerte y pasion... ¡Ah! una hora se pasa... ¿habeis escuchado sus ruegos, eterno Padre? No lo sé, lo que bien sé es que se pasan dos en tan ansioso trance, que tres también y que tan solo entonces le enviasteis un ángel para consolarle, y darle animos. Humillaos, Hijos míos, rendiros ante la profun-

da sabiduría del Omnipotente. El Señor, rey y dueño de todo lo criado que bajó de lo alto para ser vuestro modelo hasta su último suspiro quiere enseñaros como debeis orar... Por esto cuando orareis orad con mucha confianza.

CONCLUSION — Hijos míos, larga, tal vez demasiada larga, ha sido esta mi plática, más voy á concluir. Cuéntase de una piadosa niña, que fue más tarde reyna de Francia, que desde sus más tiernos años fue muy aficionada á la oracion. Al entrar en el lugar sagrado, se prostraba muy recojida ante el divino acatamiento. No podía comprender que hubiese hombres tan ingratos que llevasen su maldad hasta servirse de sus beneficios, para ofensar al Señor. No puede ser, decía ella, sino que no saben todo lo que el Señor ha hecho por nosotros. Deberian contarselo. Al divino banquete, la hubierais tomado más bien por un ángel que por una criatura humana. ¡Ah! también se dice que vivió siempre de manera muy santa, y que murió como mueren las santas. Ea pues, Hijos míos, todos sabeis cuanto Dios hizo por nosotros, repasad con pausa todos sus beneficios esta noche antes de iros á la cama, preparaos á participar mañana al divino banquete con suma piedad. Que harían las ángeles, si fueran admitidos por favor especial, á la alta dignidad con que quiere honrarnos el cielo en este día. Obrad pues á su semejanza.. Idos ahora, Hijos, y que vuestros santos ángeles os acompañen y os guarden, bajo su divina proteccion; que Jesús desde lo más profundo de este tabernáculo os bendiga mientras que yo también os bendigo y os deseo mil felicidades y santas inspiraciones, hasta el momento feliz en que este Señor se dará entero á vuestras almas. Amen